

En frío. Guía del ecologista escéptico para el cambio climático

Bjorn Lomborg

Trad. Jesús Fabregat. Espasa, 2008

Francisco GARCÍA OLMEDO | Publicado el 17/04/2008

Bjorn Lomborg publicó en 2001 el libro *The Skeptical Environmentalist*, que supuso un ataque frontal a personalidades como Lester Brown, Paul Erlich, Stuart Pinn o David Pimentel, y a organizaciones como Worldwatch Institute, Greenpeace o World Wide Fund for Nature, que, según él, eran responsables de exagerados vaticinios destinados a convencer a la opinión pública de que el fin del mundo está muy próximo. El libro causó un gigantesco revuelo crítico al toparse con la iglesia medioambientalista. Lo patético de las críticas que al libro de Lomborg hicieron algunas de las figuras mencionadas hizo pensar que el acierto de Lomborg había sido mayor que el que objetivamente cabía imputarle. Las contestaciones argumentadas brillaron por su ausencia y fueron sustituidas por descalificaciones personales, argumentos de autoridad y espesas cortinas de humo retórico.

La mayor trampa a evitar en el debate ecológico -demografía, agua, suelo, contaminación, recursos renovables y no renovables, nutrición, medio ambiente, cambio climático- es precisamente la falsificación de muchos datos de partida y el sesgado tratamiento estadístico. En la primera parte del citado texto se hacía un radical cuestionamiento, en general acertado, de la frivolidad con que el movimiento ecologista maneja algunos datos. El resto del libro, en el que Lomborg abordaba temas que le eran menos familiares, tenía desaciertos graves, sobre todo en sus frecuentes saltos lógicos desde la constatación de que “el peligro no es tan acuciante como nos quieren hacer creer” hacia un “no debemos, por tanto, preocuparnos grandemente”. Una cosa es reducir un problema a sus justos términos, y otra exagerarlo hasta disfrazarlo de catástrofe inminente o negarlo hasta hacerlo desaparecer.

Señalaba Lomborg con acierto cómo los inventarios de los distintos recursos naturales habían ido aumentando a lo largo del pasado siglo, a pesar del aumento de los consumos anuales: en 1914, las reservas de petróleo se cifraban en 10 años al ritmo de consumo del momento; en 1939, la estimación era de 13 años; en 1951, de otros 13; y en 2000, de 40 al nivel de consumo de ese año; y en *The limits of growth* (D.H. Meadows et al., 1972) se predecía el fin de las reservas de oro para 1981, las de mercurio y plata para 1985, y las de zinc para 1990. Sin embargo, lo erróneo de estas cifras no justificaba el optimismo del autor respecto al futuro de los recursos mencionados.

Lomborg ya trató del cambio climático en aquel libro, utilizando una retórica desmesurada en la crítica al III Informe del Panel Internacional sobre Cambio Climático (IPCC), y con *En Frío*, después del IV Informe, vuelve monográficamente al tema, utilizando un tono más moderado. Ahora empieza por no cuestionar las ideas fundamentales del IPCC respecto a la realidad de un cambio climático predominantemente antropogénico y a la necesidad de revertirlo a largo plazo. Sin embargo, sus discrepancias respecto a los que podríamos llamar *algoreros* siguen siendo radicales cuando se trata de acordar cursos de acción. Según Lomborg, se debe atemperar el discurso, limpiarlo de histeria y alarmismo, para dejar que se expongan todos los lados del problema y llegar a políticas bien fundadas.

Lomborg pide serenidad para evaluar las opciones en términos de costes frente a beneficios. Según él, el protocolo de Kioto para la reducción de emisiones representa una aproximación al problema que es altamente ineficiente, una opción que incluso en su formulación más ambiciosa rendiría resultados desdeñables al alto coste de 50.000 millones de dólares anuales. Propone, en cambio, emplear una fracción significativa de dicha factura a la investigación y desarrollo de tecnologías que permitan a nuestros descendientes abordar la reducción de emisiones. Esto liberaría recursos para abordar la solución de problemas tan acuciantes como el hambre, la falta de agua salubre, los problemas sanitarios y el analfabetismo, un conjunto de acciones que no

costaría ni la mitad de lo que supone cumplir con el Protocolo de Kioto. Esta tesis fue ya plasmada en el “Consenso de Copenhague 2004”, conclusión de una reunión gestionada por Lomborg y coordinada por 10 distinguidos economistas, incluidos tres premios Nobel.

En términos generales, se puede compartir con el autor su repudio del fervor *algorero*, en el que se mezclan las amenazas sustanciales bien establecidas científicamente con otras cuya demostración está por conseguir, aguando así un discurso que sería más potente sin tanta paja. Sin embargo, Lomborg cae en los mismos pecados que critica cuando entra a considerar aspectos concretos. Así por ejemplo, los *algoreros* han dado una relevancia injustificada a la ola de calor que afectó a Europa en 2003 y no airean tanto las muertes imputables a las olas de frío. Para empezar, no es posible asociar un evento aislado, como el del verano de 2003, a un proceso sujeto a oscilaciones como es el del cambio climático. Resulta difícil discriminar entre las muertes que se adelantan en días o semanas por el estrés transitorio y aquéllas que sólo se producen si ocurre la anomalía; las poblaciones acaban adaptándose a los retos extemporáneos de la temperatura ambiental; y los puntos óptimos (temperaturas de menor mortandad) son distintos en diferentes regiones del planeta. Aunque pudiera ser cierto que, en un calentamiento global, el aumento de las muertes por calor se viera compensado por la disminución de las debidas al frío, esta tesis de Lomborg está lejos de ser demostrada y son muy numerosos los especialistas que no la suscriben.

Existe un acuerdo generalizado respecto a la necesidad de un aumento de las inversiones en investigación y desarrollo de fuentes de energía limpias y renovables para reducir las emisiones, pero, en cambio, el consenso entre los especialistas se inclina a no posponer la implementación de las políticas de mitigación. A este respecto, el debate está más bien centrado en cómo se deben distribuir las cargas entre nuestra generación y las que le sigan. Al contraponer los costes de la mitigación a los de erradicar las grandes lacras de la humanidad, Lomborg subraya sin proponérselo la magnitud del reto a que nos enfrentamos: si no hemos sido capaces de solucionar el problema del hambre en el mundo, no puede estar claro cómo vamos a abordar el de reducir las emisiones de gases con efecto invernadero, que es un orden de magnitud más complejo y costoso. Estamos de acuerdo el último informe del IPCC, pero no con el simplista fervor *algorero* que, por ejemplo, ha dado lugar a políticas tan erradas como las relativas a los biocombustibles en EE.UU, la Unión Europea, incluido España. El libro de Lomborg cuestiona aspectos del problema que deben ser cuestionados.

Bjorn Lomborg

El cambio climático, a largo plazo

Ex miembro de Greenpeace, economista y politólogo, Bjørn Lomborg (Dinamarca, 1965) ha sido reconocido por “Time” como una de las 100 personas más influyentes, a pesar de la polémica que rodea a sus libros. A fin de cuentas, asegura que el cambio climático es un problema a largo plazo, y propone destinar el 0,5% del PIB a investigación y desarrollo de energías que no produzcan emisiones de CO₂, lo que, a su juicio, “supondría un gasto diez veces inferior a lo que propone Kioto, pero con una eficacia 100 veces superior”.
